

ECOS DE LA PALABRA

**XI Semana del tiempo ordinario - Ciclo B -
Marcos 4,26-34**

**“El reino de Dios se parece a un hombre que
echa simiente en la tierra”.**



Las dos parábolas que leemos en el texto de hoy provienen del discurso del capítulo 4 de Marcos. Jesús expone diversas parábolas a la gente y las explica a sus discípulos. La parábola de la semilla que crece por sí sola tiene la habilidad de mezclar la acción del ser humano y la de Dios. Nuestra vida es muy parecida a esta parábola. También nosotros somos como el labrador que ha de esforzarse para preparar la tierra, sembrar, arrancar las malas hierbas, cuidar la cosecha y segar, pero que no ha de preocuparse de «hacer crecer» la semilla, porque eso no le toca hacerlo a él. Dios nos encarga una vida, o, mejor dicho, nos la regala para que la hagamos fructificar. Nosotros la podemos desarrollar, si queremos; trabajamos, estudiamos, amamos, nos esforzamos, nos dedicamos a aquello que más nos interesa y, sobre todo, a aquellos que más queremos. Podemos decidir algunas cosas, pero no otras, podemos tener grandes proyectos, podemos esforzarnos por desarrollarlos..., o bien podemos optar por una vida de mínimos, de cumplir y descansar; podemos, también, entregarnos totalmente, en cuerpo y alma, a aquello que deseamos...

Y, después de todo eso, en nuestra vida siempre hay algo que se nos escapa, circunstancias que no podemos controlar, que no podemos decidir, la historia, las decisiones de los demás, los imprevistos. Algunos dicen que, si deseamos algo de verdad, el universo entero conspira para que se haga realidad, otros piensan que existen las casualidades, otros dicen que no las hay, otros son directamente pesimistas y muchos otros ni piensan estas cosas.

Los cristianos ya hace muchos años que tenemos una palabra para esto: la providencia. Es tan sencillo como reconocer que hay un Dios que es amor y que nos cuida de la mejor manera que sabe hacer: dejar que crezcamos por nosotros mismos sin sustituirnos y, al mismo tiempo, estar siempre a nuestro lado, apoyándonos de forma invisible en todas nuestras dificultades.

Cuando más necesitamos de Dios, cuando las cosas nos van mal, muchas veces le echamos de menos diciendo que nos ha abandonado, pero en el fondo del corazón sabemos que no es verdad, que es él quien

está haciendo que «la semilla crezca» y pidiendo que «hagamos nuestra parte».

El misterio de la vida se compone de momentos en los que Dios y nosotros estamos trabajando juntos, al mismo tiempo, haciendo realidad su Reino de justicia, paz y solidaridad.

La parábola del grano de mostaza nos avisa de la poca fiabilidad de las apariencias. Decimos muchas veces que no hay que juzgar por lo que parece, pero es difícil superar este peligro. El Reino de Dios es real, está aquí, entre nosotros, y está creciendo. Parece imposible, porque el mundo está, como sabemos, tan mal, pero el evangelista Marcos está convencido de que, si nos fijamos bien, si miramos con los ojos de Dios, podemos verlo entre las malas hierbas de la historia. El auténtico Reino de Dios está brotando dentro de nuestros corazones. Allí se hará una realidad poderosa donde podremos acoger y refugiar a los que lo necesiten, como los pájaros del campo que anidan en el árbol de mostaza.

Dios y tú, haciendo realidad el sueño de un mundo mejor. Son, sin duda, parábolas que nos pueden hacer reflexionar y darnos ánimos. Seguir a Jesús vale la pena, porque nos contrata para construir entre todos un proyecto muy, muy grande, para formar el mejor de los equipos.

<https://www.bibliayvida.com/>

La semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo.

